

Reivindicación del Anarquismo

Del conjunto de hechos que conforman la sociedad capitalista hemos extraído un caudal de ideas que nos han orientado en la ardua lucha revolucionaria. Nos hemos forjado una visión de un nuevo orden social, y en oposición a la moral ambiente nos hemos esforzado por desarrollar en las masas una ética capaz de ganar en la batalla contra los prejuicios y las costumbres arraigadas en el pueblo.

Contrariamente a aquellas teorías elaboradas en los gabinetes de hombres alejados de la vida real, nuestro ideario se formó y cobró su potencialidad al calor de las necesidades más sentidas del individuo. Fue en el seno del pueblo, a la luz de su sufrimiento y mediante el análisis de las causas profundas del malestar social, que se elaboró nuestra doctrina y su correspondiente acción militante. Ningún artificio fue necesario para hacer del anarquismo una fuerza influyente entre los explotados, porque sólo aspiraba a orientar hacia la liberación integral a quienes estaban desplazados del derecho a la vida.

La gran realidad de una mayoría social esclavizada, condenada al hambre y a la muerte, encadenada a las exigencias de minorías parasitarias; el hecho evidente de un sistema económico que se asentaba en la explotación de los trabajadores por quienes nada producían; la vergonzosa situación de un mundo en que morían millones de seres por hambre y miseria o en guerras horribles, mientras más el esfuerzo y la inteligencia del hombre iban creando prodigios en las máquinas y en los sistemas de producción; el cuadro brutal de la lucha por la ganancia, por la riqueza social, por el dominio de hombres y cosas, por parte de los dueños de tierras, fábricas y herramientas; el rol del Estado y de la ley en la defensa de los ricos; la seguridad respecto a la forma de hacer cesar ese inferno dando paso a una organización social en que todos tuvieran iguales derechos y deberes, permitieron a nuestros primeros propagandistas su noble misión emancipadora.

Las ideas, surgidas de la realidad misma, fueron a obrar en favor de un cambio fundamental. Subsistiría ese estado de cosas, aun siendo enorme mayoría los interesados en transformarlo, mientras no se comprendiera el porqué de la esclavitud y no se tuviera la concepción de la posibilidad de liquidarla. Explicar el fenómeno y llegar a crear fuerzas capaces de realizar el íntimo deseo de las masas populares en su propio seno; llevar a los oprimidos la sensación de sus fuerzas y la conciencia de sus derechos, fué el objetivo concreto del anarquismo.

Podían suceder explosiones y revueltas populares a raíz del descontento, de la desesperación producida por las plagas del régimen capitalista; podían estallar conflictos entre los dominadores y los proletarios, entre la fuerza estatal y el pueblo sometido; pero sin las ideas revolucionarias, sin el encusamiento de las rebeliones hacia fines libertarios, los choques nacidos por la forma de ser de la sociedad burguesa no llevarían a la emancipación social.

La sémбра de ideas se imponía. Para reconocer a las fuerzas enemigas, para saber cómo luchar contra ellas, para conocer el camino a seguir una vez lograda su eliminación. Y junto con la propaganda, la realización, dentro del medio burgués, de cuantas experiencias contribuyeran a fomentar el espíritu insurgente y a educar al pueblo en sentido libertario.

Se llega a un momento revolucionario con un bagaje de convicción y capacidad creadora descomulgado. Por supuesto que el hecho revolucionario en sí no tiene la milagrosa virtud de convertir a los individuos automáticamente. Solamente posibilita esa transformación espiritual. Si el pueblo ha recogido antes de la revolución los frutos de la prédica ideológica encaminada a superar los obstáculos, si ha aprendido en las organizaciones revolucionarias a proceder según los nuevos principios que confían la gestión y el control en manos de los agrupados, si la influencia del ambiente no ha trabajado tanto el espíritu colectivo, que impida los pasos más audaces en el terreno de las innovaciones, no corre ningún peligro de ser desviado de su propósito.

Exponer las ideas anarquistas ha sido cosa cumplida en medio de feroces persecuciones. En el mismo pueblo por cuya causa los anarquistas afrontaron la muerte, la cárcel y las más infames calumnias, arrastraron los conceptos burgueses, las acusaciones y la confusión que alrededor de nuestros hombres y organizaciones tejieron quienes temían perder sus posiciones. No se nos comprendió muchas veces. El engranaje represivo de la burguesía trituró la verdad y logró, que del anarquismo se pensara como del más antisocial de los seres humanos. Aun aquellos que obraban y sentían como nosotros, sin saber qué hacían y sentían como anarquistas, se espantaron ante el adjetivo. Es que la clase capitalista, culpable, de todas las desgracias y de todos los horrores de la vida cotidiana, junto a su máquina de explotación y de robo tuvo la habilidad suficiente de crear un mecanismo de "educación" — escuela, prensa, militarismo, fanatismo deportivo, etc., — con el que se adueñó de las conciencias y de la voluntad de sus esclavos.

Eliseo Reclus, cuya figura se ha hecho feroz eterno, iluminando con su sabiduría y su bondad igualmente inconmensurables, ha definido la anarquía como el más perfecto orden. Y ha remarcado que la anarquía se manifiesta donde haya acción contra un dogma, contra una injusticia, contra un sistema establecido. ¿Qué ser humano, ante el espectáculo de la sociedad burguesa, con sus lacras, sus dolores, sus vergüenzas, no ha deseado o no se ha rebelado abiertamente? ¿Qué hombre o mujer no ha acudido en su corazón la esperanza de terminar con su esclavitud? ¿Quién no ha sentido, pensado o actuado como anarquista en algún instante de su vida?

Nuestras ideas se valorizan ahora, en el período de su aplicación a los acontecimientos de España. Aun cuando la guerra a muerte sostenida con el ejército fascista sitúa a la revolución en un plano lleno de dificultades, haciendo imposible que imprimamos la velocidad y la orientación deseada a la obra reconstructiva; aun cuando estamos lejos de vivir en régimen socialista; aun cuando no haya desaparecido el aparato de Estado, ni seamos nosotros la sola fuerza que marque rumbos al pueblo; a pesar de lo complejo de la situación, estamos cobrando confianza a los ojos del mundo, y hasta los eternos destructores han reconocido que no sólo podemos destruir lo malo existente afrontando las consecuencias de la lucha, sino que somos, también, capaces de construir, de proceder según las exigencias de la realidad de cada lugar y circunstancia.

La propaganda "por el hecho", que fuera propiciada por un sociólogo de la talla de Pedro Kropotkin, no consistía solamente en el ejercicio del terror contra los tiranos. Era la práctica libertaria en diferentes aspectos de la vida. Era la experimentación socialista y libertaria dentro de las posibilidades reducidas del sistema capitalista-estatal, para mostrar con hechos, con cosas vividas, con resultados visibles, la excelencia de las soluciones totalitarias del anarquismo y, sobre todo, su practicidad.

Estamos ahora ante un hecho, ante una experiencia, ante una cosa vivida por el pueblo. Nos hemos colocado en el primer plano de la realización en la guerra y en la revolución. Y este gran acontecimiento histórico, por sus proyecciones y su significado en esta fase de crisis del mundo burgués, ha de significar la reivindicación del anarquismo en sus altos valores constructivos, en sus grandes virtudes moralizadoras. Es el momento de hacer penetrar en el pueblo, en este pueblo que por naturaleza y por su fe en nosotros todo lo espera del anarquismo, las ideas, sus fundamentos, sus formas de aplicación en la nueva sociedad que se gesta. Ha llegado la hora de la máxima responsabilidad ante el mundo. De abrir paso a las multitudes, en su marcha hacia una libertad que el anarquismo puede ofrecer, como nueva y definitiva experiencia.

Imágenes de guerra

PARODIA

En una plazuela abandonada, surcada de bancos deslucidos y polvorientos, y de arbolitos tan polvorientos y deslucidos como los bancos, como si sobre ellos se hubiesen desparramado las cenizas de varias generaciones, jugaban unos niños.

Su juego, como casi todos los juegos infantiles, consistía en imitar a los mayores. He aquí lo que hacían:

Formados militarmente, llevaban entre ellos, con las manos atadas a la espalda, a un muchachito rubio y pálido, de aspecto extrañamente serio y pensativo, que miraba con desdén a sus compañeros.

Al llegar frente a un muro medio derruido, restos de una antigua iglesia o convento, los chiquillos procedieron a desatar al prisionero, haciéndole además de taparle los ojos con un pañuelo, que él rechazó con altivez.

Hecho esto, formáronse en piquete, y, a un orden de uno de los mayorcitos, se aprestaron a disparar. Junto al muro medio derruido, destacaba la gracil figurilla del pequeño condenado, el cual, erguido valientemente, miraba a sus compañeros sin pestañear.

El mayorcito, orgulloso en su flamante papel de capitán, dió con el sable la señal de disparar, y la frágil figurilla rubia, trágica en su parodia de muerte, se desplomó pesadamente al suelo. El simulacro de fusilamiento había terminado.

Los últimos resplandores del sol poniente daban a la escena un colorido siniestro...

ADA MARTÍ



F. A. I. - C. N. T.

Estamos orgullosos de estas seis letras adentradas en el corazón del pueblo. Todas nuestras esperanzas estuvieron puestas en ese pueblo al que jamás pedimos que se sometiera a nuestro mando. Anarquistas siempre, despreciamos y rechazamos el timón dictatorial. Sufrimos con el pueblo todas las miserias y todas las injusticias del régimen burgués. Vimos nuestras carnes magulladas y nuestra dignidad pisoteada en las cárceles y bajo la furia represiva de arriba. Estuvimos en la vanguardia, sin ese pueblo muchas veces, proclamando sus derechos, exigiendo y conquistando en la lucha, incitando a la revolución reparadora.

Ahora, en la guerra revolucionaria, estamos en el corazón de las multitudes. Flamea la bandera roja y negra y se entonan nuestros himnos y se vitorean las seis letras históricas con cariño y emoción en todos los rincones de España, y en especial en Cataluña.

Todo ello, sin embargo, no basta para sentirnos satisfechos. Nosotros queremos que nuestras ideas aniden en el cerebro de quienes se sienten camaradas. Nosotros deseamos que, con la mayor rapidez, se conozcan las orientaciones del anarquismo. Es de importancia vital para nuestra causa, que es la del pueblo, que se traduzcan en hechos, en realizaciones de diverso orden, nuestros principios comunistas libertarios.

Al pedir que confie el pueblo en la F. A. I. y en la C. N. T., no queremos decir que quede al margen de cuanto se haga. Queremos decir que se pongan en práctica los métodos anarquistas. Y esto significa que el pueblo obre, intervenga directamente, ahora que se gesta su liberación.

PROBLEMAS DE LA F. A. I.

LO QUE URGE

Colaboración de GASTÓN LEVAL

Hubo siempre del anarquismo un concepto chabacano, no solamente entre sus adversarios mal intencionados, sino entre sus mismos partidarios. Hemos dedicado buena parte de nuestra labor a combatir las lucubraciones de tantos pseudo teóricos y teorizantes que espacian a los cuatro vientos todas las ocurrencias elaboradas en su mente.

Pero el anarquismo, por su propia esencia política, es rebelde a la unificación de los criterios. Contrariamente a los partidos políticos que tienen una norma doctrinal bien definida y tácticas concretas elaboradas en sus congresos, cada cual tiene entre nosotros derecho de interpretar a su modo los hechos sociales y de preconizar las soluciones que le plazcan.

No se puede, por ende, frenar los desacerterios, o las semiverdades, frías en normas generales, o las diversas actitudes preconizadas por unos y otros. Esto ha dado por resultado, en todas partes, una carencia de cohesión, un mosaico teórico y de acciones divergentes que debilita el conjunto del movimiento. En los partidos autoritarios, las diferencias se truncan raras veces en ecisiones materiales, la unidad subsiste pese a las polémicas internas. En nuestro ambiente, la división aparece de inmediato.

El predominio de este estado de espíritu ha ocasionado el hábito ya tradicional, de no ceñirse a las normas orgánicas. En el conjunto de nuestro movimiento específico, la visión de los problemas generales no existe. Hemos dicho y repetido tanto que la iniciativa debe partir de la base, de los núcleos constitutivos del organismo social, que nos limitamos a ser uno de tantos núcleos, sin preocuparnos de la integración de una fuerza articulada, o de la sociedad misma.

Determina también esta actitud la carencia de preparación sociológica adecuada. Aborrecer la esfera del propio grupo, de la propia aldea, o del barrio no requiere atenta lectura, estudios sistemáticos, documentación, comprensión de la vida social.

Para si esta actitud puede aparecer como anarquista, estamos obligados a aclarar que es una interpretación tan ininteligente como estrocha de nuestras ideas.

Nunca los teóricos del anarquismo, los Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Mella, Ferrer, Malatesta, preconizaron esta especie de aislamiento. Su reivindicación de la libertad no tenía este sesgo de interno divisionismo. Querían la libertad genéricamente entendida, como ausencia de Gobierno y Estado, "para construir una sociedad solidaria".

Como sociólogos, no concebían el núcleo aislado, a la sociedad fraccionada según los más insociables caprichos. Abundaban en sus escritos las visiones de alianzas, de organismos económicos continentales y universales. El fin supremo es la unidad de la especie en un común esfuerzo vital.

Anarquía puede ser, pues, esa reivindicación del aislamiento, esta ausencia de espíritu de conjunto. Pero es anarquía en sentido negativo, destructivo, casi diríamos en sentido burgués. Si la anarquía no puede mantener el mínimo de solidaridad, de unión y responsabilidad requeridos por el mantenimiento de la sociedad, hay realmente que rechazarla por absurda y peligrosa.

Para si los mismos Marx, Engels y Lenin admitían que su finalidad era una sociedad sin Gobierno, podemos afirmar, fundadamente, que nuestro ideal dista mucho de ser la división de los hombres en pequeños grupos inconexos y faltos de comprensión y sentimientos solidarios.

El federalismo, que constituye nuestra norma política fundamental, no implica esta división. Ya lo escribimos en otra parte, y conviene repetirlo: federarse es unirse; unirse de abajo arriba, pero unirse. Cuanto más unidos estemos, siguiendo la norma citada, más federalistas. Por ende, la anarquía no es fraccionamiento, aislamiento ni carencia de sentido de responsabilidad en el conjunto orgánico de que se forma parte.

Estas consideraciones tienen por objeto llamar

la atención de muchos compañeros y grupos, que en estos momentos, siguiendo una costumbre demasiado prolongada, evidencian esta falta de cohesión en la organización específica de que forman parte. Tal actitud puede ser anárquica, pero en sentido burgués, porque implica la inexistencia del cuerpo social, o específico, acarreado la desaparición práctica del mismo. Es la aplicación de la libertad en sentido negativo, porque queremos la libertad de hacer y de hacer bien. Es en realidad lo contrario de lo que el anarquismo preconizó siempre como concepto de estructuración social.

Actualmente nuestra organización específica ofrece un estado que parece partir de ese concepto negativo de la libertad, y detenerse en el núcleo inicial e imponente del federalismo. Digámoslo sin enfemismos: la F. A. I. dista mucho de controlar lo que se reclama del futuro. Se derivan de este hecho dos males principales. Es uno la consiguiente debilidad de nuestro movimiento, falta del vigor que la unión para la acción procura siempre, y otro, que entraña gravísima amenaza, de que centenas de miles de hombres, mujeres y hasta niños, se reclamen de la F. A. I., se proclamen sus partidarios, se adormen con el pañuelo, la escarapela, el anillo, la gorra roji-negra, sin conocer una palabra de nuestras ideas, y sin que la F. A. I. ejerza sobre ellos y como tal la más mínima influencia.

Hay en media España, una acción callejera intensa en nombre de nuestra organización. Esta acción se manifiesta y puede manifestarse mañana en todos sentidos, ser anárquica por instinto o no serlo, volcarse en exceso nada acordado con nuestras ideas, y hasta derivar hacia desviaciones políticas insuspechadas que cualquier charlatán preconice.

Todas estas razones, de trascendental importancia, ya que se ven en ellas la vida misma del anarquismo, deben mover a los grupos constitutivos de la F. A. I. a cumplir ampliamente sus obligaciones dentro de nuestro organismo general. Y deben hacerlo con la rapidez suma que las actuales circunstancias requieren. Sin palabras ni discusiones inútiles. Vivimos una época de acción, pero de acción acertada. Lo cetero es, cuando se tienen compromisos indispensables para la buena marcha de una organización de prestigio, respetarlos, sin regateo, sin pena de asesinar materialmente esta organización con la consiguiente traición a las propias ideas, cuya propaganda y cuyo triunfo se estorba con este real sabotaje.

Para terminar diremos dos palabras al respecto de un asunto recientemente planteado en un Pleno nuestro. En virtud del incumplimiento del "compromiso voluntario" de aportar fondos a la caja común, se planteó la creación de un carnet con los correspondientes sellos. La idea, alimentada por la experiencia, gana terreno. Pero encuentra todavía resistencia. Para ciertos compañeros, esto es anti-anarquista. Hemos en esta actitud uno de tantos prejuicios anarquistas que se eternizan, y mucho daño nos hacen.

Si el aporte libre, espontáneo, que es muy anarquista, no da resultado, y no los ha dado nunca en todo nuestro movimiento internacional, pese a los decretos verbales de generaciones de pusilánimes, es hora de tomar una medida que crea una obligación, y constituya al mismo tiempo un control individual y administrativo indispensable. Será tal vez menos anarquista, pero será más efectivo. Y en la multitud de obligaciones que los militantes tienen, es explicable que desatendan a alguna como ocurre al hombre muy ocupado si no tiene a mano su momento o su horario de trabajo para atender a todos sus compromisos.

El establecimiento del carnet contribuiría, por otra parte, a solidificar la estructuración de nuestro organismo, que no descansa en consideraciones teóricas de todos clases, sino en realidades concretas de trabajo y en hechos materiales.

Entierro de HANS BEIMER



El domingo 6 del corriente se realizó el entierro del heroico camarada HANS BEIMER, caído en la lucha contra el fascismo en Madrid. Representaciones de todas las entidades antifascistas pusieron de manifiesto el sentimiento de Barcelona. Frente a los héroes caídos, nuestra consigna es la de siempre: ¡no dar cuartel al enemigo!

No luchamos a muerte contra el despotismo para retornar a la esclavitud de antes del 19 de julio. Luchamos para ser libres e iguales.